

Aproximaciones literarias



Osorio Lizarazo, maestro del claroscuro novelístico

ERNESTO GÓMEZ-MENDOZA

Barranquilla, 1951. Ha ejercido la crítica teatral, cinematográfica y literaria en medios como *El Heraldo*, *El Espectador*, *Cinemateca*, *Nueva Frontera*, *Quimera* y *Número*. Últimamente lo hace en revistas digitales como *Casa de Esterión* y *La Movida Literaria*.

Con respecto a la figura del novelista J. A. Osorio Lizarazo, se cierne la duda sobre la calidad de sus novelas. Algunos gustos se han sentido abrumados por los universos míseros y lumpen que cobran vida en estas novelas y que han hecho que a su autor se le acuse de demagogo, de predicador social anticuado. Fueron sus contemporáneos los más interesados en confinarlo a un rincón de desdén. Lo ignoraron o pasaron por alto figuras como Caballero Calderón, García Márquez, Zapata Olivella, Álvarez Gardeazábal, Mejía Vallejo, Rojas Herazo, J. Mario y Jaime Jaramillo Escobar, tal vez por su desafortunada colaboración con el estafalario dictador caribeño, Leónidas Trujillo.

En la actualidad, las nuevas generaciones y los Departamentos de Literatura y Lenguas de las universidades colombianas y del extranjero se ocupan extraordinariamente de la obra de este escritor bogotano, que también fue colaborador y biógrafo del mítico Jorge Eliécer Gaitán, el más grande líder populista de la historia de Colombia. La editorial Laguna Libros ha reaccionado a este interés académico con títulos como *Garabato* y *El camino en la sombra*, dos de sus novelas que hasta ahora eran imposibles de encontrar en las librerías.

Si alguna intención de denuncia ideológica hay tras las páginas de estos dos textos, se neutraliza cuando el autor

se abandona fácilmente a las pulsiones del novelista y a su sugerente poética de la pobreza y la parvedad. El tema profundo de Osorio Lizarazo es el universo de lo relegado, precario, humilde y desposeído. Un universo que rechaza lo superfluo, legítimo y exuberante de las prácticas relacionadas con las cosas, las mercancías y el dinero.

Garabato es una novela de aprendizaje en la cual el héroe confirma una vocación atávica por el margen social en que es posible vivir apartado de la enconada lucha sofisticada por el rango y la opulencia. Juan Manuel Vásquez, apodado Garabato en la escuela, en su aprendizaje, codifica gradualmente las emociones que le permitirán organizar una existencia libre, una independencia del espíritu que lo pone por encima de la multitud ansiosa por la falsa seguridad de posesiones multiplicadas y redundantes. Por lo mismo, simultáneamente, el novelista elabora otro tema, el de la supervivencia, la gloria humilde de sobrevivir pobre pero subjetivamente íntegro.

En el relato de la infancia de Garabato, el novelista encuentra una serie de situaciones y contextos que le permiten desarrollar su poética de lo parvo y lo humilde. Garabato, su madre y su padre son insignificantes, pero el autor los aureola de dignidad y de racionalidad. La misma estructura de la frase, su cadencia y el léxico poseen esa dignidad de lo pequeño e inci-

piente que solo puede ser reivindicada por sensibilidades como la de Osorio Lizarazo. Y sea dicho oportunamente: no es un predicador social, ni un panfletario, es un artista, con un universo personal y sus demonios particulares y una forma que le obedece y es mediadora de dicho universo.

En este aporte a un nicho, el de la poética de lo pequeño y precario —de destacada presencia en la historia de la literatura moderna—, radica la importancia de nuestro autor. Osorio se articula a una tradición que alimenta la novela picaresca, a *Los miserables*, de Víctor Hugo y a la obra popular de George Sand y Charles Dickens, entre otros.

En Colombia, se articula a la parte de la obra de García Márquez que alude a la marginalidad y a la pobreza, todo un lúcido imaginario en el que la necesidad y el abandono transfiguran la condición humana y en el cual caben el coronel que espera noticias de su pensión en vano —mientras se acostumbra con su esposa a no comer—, el marginal y frugal profesor de colegio —que celebra sus noventa años mirando a Delgadina dormir desnuda en un sencillo burdel de Barranquilla— o el estoico Florentino Ariza —hecho una sola pieza con su humilde oficio de escritor de cartas de amor—.

Claro que este imaginario sin esplendores ni aureolas debe ser tóxico para el gusto de esta época adicta al consumo narcisista y respecto a la cual muchos escritores construyen despiadadas herejías (con qué asco algunos personajes de la lumpen-burguesía soportarán un libro lleno de pobres y de cosas insignificantes y polvorientas como *Los Ejércitos*, de Evelio Rosero). El tema es vasto porque incluye también el ideal de la vida de renuncia en la bohemia, tan importante para el campo literario y para escritores como Henry Miller, Gunter Grass, Julio Cortázar, Cabrera Infante, Wi-

lliam Faulkner y Ernest Hemingway, entre otros.

En el nicho de las novelas de la parvedad y el abandono, las masas de información y de atmósferas son uno de los elementos sujetos a la manipulación del autor. Las descripciones y atmósferas que multiplican las percepciones sobre calles, viviendas, costumbres, interiores, utensilios deben poseer matices, tonalidades e imágenes que produzcan el efecto: el lirismo de lo relegado e insignificante.

En *Garabato*, Osorio Lizarazo trabaja estas masas narrativas de forma análoga a William Faulkner, para quien tales masas son parte de su sello particular como narrador. Es un texto de la misma trascendencia de *María*, de Jorge Isaacs, que construye también una mirada especial sobre las cosas pequeñas y de “bajo perfil”, ese cortejo sin estruendos ni exaltaciones operáticas de Efraín y María. Solo que, a diferencia de Isaacs, Osorio es un maestro del claroscuro.

Los aprendices de novelistas pueden conocer esa mirada en *Garabato* y aprender a orquestar amplias masas narrativas, aunque no sea un clásico. Pero podría serlo. Jorge Luis Borges define el texto clásico como uno “que las generaciones de los hombres leen con previo fervor y admiración”. El fervor y la admiración previos se adhieren a un texto cuando se estratifican los comentarios afirmativos y las recomendaciones de oleadas sucesivas de lectores. Podría pasarle a esta novela, que llegará a más lectores sin el estigma que le pusieron a su autor, por gaitanista o por hereje.

Una de esas masas narrativas precisamente es el poderoso retrato, explícito y abundante, de la rutina de un colegio jesuita en Bogotá a principios del siglo pasado. En este, un equipo de sotanas implanta abusivamente en las mentes de los estudiantes una ideología reaccionaria, exclu-

yente e intolerante. Una idea de la fuerza de esta parte de la novela puede obtenerse de este pasaje:

Durante estas explicaciones el padrecito se enfurecía mucho y se dejaba poseer de una santa indignación. Seguramente, si en aquel momento hubiera tenido un liberal a mano, lo habría estrangulado. Declaraba que durante las guerras civiles matar rojos era un merecimiento que Dios premiaba. Pedía con ahínco una nueva revolución para acabar con todos esos monstruos y evitar que algún día volvieran a levantar la cabeza, animados y sostenidos por el propio Satanás. Él mismo se sentía capaz de coger el fusil y lanzarse sobre los campos de batalla a matar bandidos. Para ratificar esta enseñanza de piedad y de amor, el padre Guerrero nos hacía gritar: ¡Abajo los liberales masones! Y también: ¡Viva el gran Partido Conservador! (Osorio, *Garabato* 106)

Ante este brío novelesco, casi produce pudor ocuparse de los incidentes estilísticos. Osorio Lizarazo muchas veces oscurece su estilo con elementales cacofonías y frases retorcidas que minan la eficiente máquina de su relato. En *Garabato*, hay partes que parecen más corregidas y replanteadas que otras. Por las noticias biográficas con que contamos y por el dato de su esclavitud en el oficio del periodismo, podemos conjeturar que escribía entre efímeras pausas dentro de absor-

bentes compromisos extraliterarios. Y eso nos permite atenuar sus exabruptos de estilo.

El camino en la sombra

El hondo rencor que le carcomía el alma se trocó de súbito en misericordia y amor, cuando vio al pobre ser que se había arrancado de la entraña dolorida de su hija. No se atrevía a hacer manifestaciones de una ternura que hubiera parecido complicidad, porque era necesario prolongar cuanto fuera posible la justicia de su enojo. Pero, en el fondo de su alma, sin que ella misma se diera cuenta, se operó la transformación de su sentimiento. Por las mejillas, enjutas y ajadas, le corrían lágrimas de compasión por la hija infortunada y por el nieto, que acababa de aparecer en el mundo, que era parte de su propia sangre y que llegaba navegando sobre un río de dolor. (Osorio, *El camino en la sombra* 81)

Para un lector de la era actual, esta fraseología suena mal y estrambótica. Pero no hay que darle a la cuestión excesiva atención, así sea porque fácilmente podemos encontrar en Balzac media docena de párrafos análogos, con la misma alegoría del alma (casi no puede escribirse novela sin recurrir a la mención del alma, objeto que la ciencia ignora por completo) y similares imágenes retóricas (esas lágrimas corredoras).



Era un lenguaje que Osorio Lizarazo compartía con poetas, oradores, políticos y periodistas de su época. Y, principalmente, con los lectores, con sus lectores naturales. Es el primer lenguaje que hay que descodificar para leer una novela sobre la familia y la supervivencia como *El camino en la sombra*; que, en 1963, un año antes del fallecimiento del autor, obtuvo el premio Esso de Novela Colombiana, que ganaron, en la misma década de los sesenta, García Márquez, Héctor Rojas Herazo y Manuel Zapata Olivella.

¿Dura tarea? Concedámosle a Osorio el mismo beneficio que le reconocemos a Balzac o a Stendhal cuando los leemos “con previo fervor y admiración”, abriéndonos paso y hasta disfrutando de una fraseología propia de su era y, al fin y al cabo, fraseología de novela; narración que se enuncia a través de un lenguaje híbrido en el que luchan varias clases de discurso y no supera fácilmente su mestizaje, su impureza y los altibajos estilísticos (las delicadezas de estilo, los relatos diáfanos y melódicos, se logran en otro género, la “novella” o noveleta, que es el género propio de García Márquez, aunque solo sea en el ámbito anglosajón, en donde los editores le ponen ese rótulo a sus producciones).

El camino en la sombra es la historia de una familia, las historias entrelazadas de sus seis miembros, todos devorados por el atavismo familiar. ¿Suena familiar? Suena, porque en la narración de *Cien años de soledad* hay un marco similar y eso hace del libro de Osorio Lizarazo una especie de precursor del mítico libro de García Márquez.

La forma como los genes compartidos por un puñado de seres los determinan e intentan aprisionarlos en un estrecho círculo de rituales y obsesiones es un tema no solo fascinante, sino muy pertinente en Colombia, un país en el cual es poderoso motivo en el imaginario colectivo y en la práctica

El fervor y la admiración previos se adhieren a un texto cuando se estratifican los comentarios afirmativos y las recomendaciones de oleadas sucesivas de lectores. Podría pasarle a esta novela, que llegará a más lectores sin el estigma que le pusieron a su autor, por gaitanista o por hereje.

de clanes y familias que se atribuyen una calidad metafísica, trascendental, que incluso implica un desdibuje de las otras estructuras sociales y políticas. Es buen signo que contemos en nuestra tradición novelesca con dos muy logradas alusiones a este tema de la familia, que merece una crítica cultural que explore, por ejemplo, por qué los individuos en este país cumplen con la familia, pero se consideran por encima de las normas de convivencia colectivas.

El autor de *El camino en la sombra* labra cada figura de la familia con la misma dedicación y viveza. Pero siempre dentro del cerco fatalista en que la comunidad de sangre es una fuerza centrífuga que captura y somete las individualidades. Es un tema propicio para la actitud vitalista de Osorio Lizarazo: la vida en sus amplios e implacables principios y fuerzas ciegas constriñe el impulso y el querer individual.

En el caso de la familia García, que se desplaza a Bogotá como partidaria de la revolución vencida (1885), parece tener una oportunidad para superar su autismo e in-

sinuar un destino diferente para sus miembros; la involución, en manos del novelista, tiene una insólita, épica y peregrina dignidad cuando el grupo —desde la matrona doña Rosario hasta Matilde, la niña abandonada y deforme criada por la familia— responde como alma colectiva al llamado de la revolución de los Mil Días.

Feliciano, el varón, que dejó la familia sin promesa de superar su apocamiento ni su candidez, envía noticias sorprendentes: es un capitán de las tropas rebeldes. No solo para doña Rosario, viuda de un legendario guerrillero liberal, sino para todos, la adhesión a la causa es ciega y profunda. Es el episodio central de la novela y un testimonio útil para entender el mecanismo que movía a aquellas sectas políticas al ritual de la guerra civil sangrienta y brutal.

Las virtudes de Osorio Lizarazo como cronista se destacan en este episodio con el relato en amplios movimientos de los recursos y afanes de la retaguardia urbana de los guerrilleros liberales de los Mil Días.

La familia García despliega una fructífera campaña de acopio de implementos, dineros y víveres que, por rutas insospechadas, llegan a manos de los revolucionarios. Los liberales de Bogotá tienen confianza en las García, descendientes del general García y hermanas del capitán, y, luego, coronel Feliciano García; cuya transformación en un legendario guerrero a partir de un mozo errático y tímido recuerda cómo, en *Cien años de soledad*, Aureliano Buendía se troca de pacífico fabricante de dijes de oro en comandante de tropas heroicas y obstinadas que luchan hasta el último cartucho.

Cuando se estrecha la vigilancia del Gobierno sobre las García, la figura de la huérfana criada por la familia pasa a primer plano. Es una figura inquietante: En Matilde, abandonada en la puerta de la casa,

con una infección de viruelas que hacen su rostro repulsivo, acogida casi por fórmula para que sirviera en grotesca esclavitud, se desahogan la ansiedad y las frustraciones de todos.

En el nudo de la trama es esta esclava despreciable el único recurso para restablecer las comunicaciones con el coronel Feliciano García. Matilde logra llegar a los campamentos revolucionarios porque su pequeña y repulsiva figura no significa nada para los soldados gobiernistas. En una de las escenas memorables, recibe un homenaje del coronel García por sus valiosos servicios a la causa; cuando regresa a Bogotá, debe asumir otra vez su oscuridad en el seno de la familia.

Es una figura que oscila en la narración, que se eclipsa en las sucesivas historias de doña Rosario, Raquel, Feliciano y Lucía, como si, para Osorio Lizarazo, tuviera valor de símbolo. Símbolo de lo que permanece fiel y constante, bajo las mutaciones y las pasiones que entran en combustión, que se inflaman en un destello y finalmente se extinguen para satisfacer las ciegas fuerzas vitales. Sus ojos verán el desmoronamiento irreparable de la familia, tras lo cual su figura se pierde en las calles indiferentes.

Es un mundo novelesco, proyectado con los recursos del novelista que se enseña de él. De ese mundo novelesco cuya falta constituye el fracaso de muchos pretendientes de la novela dotados de formas de enunciación más seductoras y ágiles. Los personajes que habitan ese mundo tienen una animación pura, penetran al lector y defienden su causa conmovedoramente. Es suficiente para superar el debate sobre las calidades de novelista y artista de Osorio Lizarazo y darle el puesto que merece en la tradición de la novela colombiana. ■